

ETIOPÍA TIERRA DE POCAS PALABRAS

La primera vez que viajé a Etiopía me di cuenta que ya no necesitaba ir a ningún otro sitio, ya había llegado al lugar donde siempre volver. Llevaba muchos años trabajando en diferentes países, organizando viajes de labor humanitaria para mis alumnos, y por diversas circunstancias me tocaba cambiar y empezar de nuevo. En África me siento en casa, ya no deseo nada más, ya he visto, ya he estado, ya he mirado. Aquí me quiero quedar.

Etiopía es tierra de pocas palabras, es maestra del silencio, de la escucha. En cuanto llevas un tiempo empiezas a apreciar su riqueza. Las palabras aquí dejan de tener importancia, se aprende de otras formas. Sus tiempos no son los nuestros, tienen otro ritmo, otra forma de ver la vida y de contarla. El día aquí se detiene constantemente, no se corre, no hay prisas, todo puede esperar. Qué maravilla es para un occidental no oír nada, alejarse del ruido en el que vivimos y desde esa quietud comenzar a vivir y a aprender. Estoy en el país que te obliga a mirar, te abre los ojos para que puedas ver.

Nada más comienza el día, al amanecer, Addis Abeba se muestra al mundo, de golpe, sin preámbulos. En segundos una ciudad que dormía despierta con todo su esplendor. Callada, sin hacer ruido, te ofrece su grandeza. Miles de personas, de animales, de ambientes, surgen ante tus ojos transportándote hacia un sin fin de lugares. Aquí todo puede suceder, es imposible que la vista se acostumbre a tal espectáculo, no existen modas, nada se repite, todo es nuevo, todo ocurre siempre por primera vez. Hombres, mujeres, niños, ovejas, camiones, perros, bicicletas, coches, burros, aparecen y desaparecen de la escena sin poder advertirlo. Tal es el movimiento al que está sometida que al principio piensas que hay ruido pero más tarde adviertes que la ciudad está en silencio por mucho ir y venir de sus gentes.

En esa quietud sólo se oye la lluvia. Julio es época de lluvias. Addis Abeba en esta temporada se convierte en una ciudad gris, como si un manto recubriera el cielo y lo tiñera. Me encanta el aspecto que adquiere esta ciudad. Llena de charcos, mojada, invita a cobijarse. No hay tristeza, no les da tiempo a entristecerse, no se pueden permitir ese lujo. Aquí se vive, se saluda, se escucha, se busca, se trabaja y se siente. Y cuando menos te lo esperas aparece el sol, un sol que acaricia y a veces quema.

Antes de llegar tenía una idea muy equivocada de lo que era esta tierra, ahora empiezo a reconocerla, aunque sigue sorprendiéndome cada día. Si te metes por sus calles y te entremezclas con sus gentes ellos te hablarán de orgullo, diversidad, dignidad, hambre, censura, injusticia y miedo. Allí donde vayas siempre te darán algo, nunca te irás con las manos vacías. Verás pobreza y reconocerás su rostro. La pobreza aquí es poderosa, lo abarca todo. Ciudades, pueblos, calles, niños, mujeres, hombres llevan su nombre. Nada más empezar el día sabes que te encontrarás con ella, no la puedes rehuir, por muchos atajos que busques, ella siempre te alcanza.

Después de visitar un proyecto, me derrumbé, fue un grito de impotencia, silencioso pero que todavía resuena dentro de mí. Lo que vi me conmovió, es imposible mostrarte insensible ante tal realidad, no revelarte, no llorar, no implicarte. Hay tantas cosas que hacer, tantas necesidades, tanta gente a la que ayudar. Llevo muchos años y siempre afloran las mismas preguntas sin respuesta. ¿Cuánto tiempo habrá que esperar para que el mundo cambie? ¿por qué ellos y no yo?.

Durante mi estancia en Etiopía me he dedicado a observar, he visitado proyectos, conversado con gente, y no he parado de mirar y escribir. Los primeros días me compré un cuaderno en el que fui apuntando minuciosamente todo aquello que veía prioritario, al cabo de una semana mi cuaderno estaba lleno y yo desesperada de pensar que me era imposible abordar todas las necesidades. En uno de los proyectos necesitaban un autobús para transportar diariamente a unos cuarenta leprosos que vivían en un estercolero a las afueras de Addis y trabajaban en el centro de la ciudad. No se les permitía subir en los de línea y tenían que levantarse a las cuatro de la madrugada para coger el único vehículo donde no iba nadie y el último de la noche. Quise estar con ellos, conocerlos, me había conmovido su historia.

Siempre que veo por primera vez a una persona que tiene lepra inmediatamente baja la mirada, es algo instintivo como una manera de protegerse y protegerme, es como si me advirtiera que lo que voy a ver no me va a gustar. Y yo me pregunto cuántas miradas de repulsión, asco y miedo habrán tenido que soportar para pensar que no son dignos. Me fui del proyecto con una idea fija “conseguir ese autobús”, aunque más tarde pensé que si fuéramos capaces de cambiar nuestras miradas mezquinas no haría falta ningún medio de transporte especial para ellos, podrían ir como todo el mundo. Entendí que no siempre la ayuda pasa sólo por lo material, sino que hay que cambiar conciencias, vidas, comportamientos, mentalidades y miradas.

Unos días más tarde conocí el estercolero donde vivían. Fue por casualidad, estábamos buscando una ONG, nos perdimos y fuimos a parar allí. El espectáculo era desolador, un terreno inmenso donde todo es inmundicia, porquería, impureza, roña y suciedad. Y allí, entre montañas de basura, vivían los leprosos con unos cuantos niños que diariamente iban a hurgar en la mugre para poder alimentarse y unos buitres también hambrientos. Tuvimos que subir las ventanillas porque el hedor era insoportable, ni tan siquiera pude bajar del coche. No saqué ninguna fotografía, no quise que mi cámara retratara ese momento, era demasiado desgarrador, sacar la cámara hubiera sido incluso obsceno. Lo que no pude evitar es que esa imagen se quedara en mí, me golpeará. Allí vivían, en el ambiente donde la respiración se entrecorta, donde ni tan siquiera pude asomarme, en el lugar que mi mente siempre quiere olvidar.

Desde que llegué aquí no he hecho más que mirar dentro de mí y vomitar, no he parado hasta que he dejado salir todo, me he vaciado. Es como si me hubieran puesto boca abajo y sacudido por los pies. He conseguido desprenderme de muchos sentimientos, dolor, tristeza, rabia, incomprensión, miedos, venía con la mochila llena de mí y me voy cargada de cosas que no son mías, me han sido dadas. Esta sensación la tengo cada vez que estoy en este país, tal vez es por eso por lo que siempre quiero

regresar. El año que viene sé que volveré, con otros ojos que mirarán Addis y otras voces que clamarán su nombre y cuando llegemos a nuestro destino esas voces se harán eco para contarle al mundo, para gritarle, para zarandearle, hasta que se despierte.

Pilar Gimenez Armentia
Vicedecana de formación integral y alumnado